

Augusto Assía

Cuando yunque, yunque
Cuando martillo, martillo

Prólogo de Ignacio Peyró

Primera edición en Libros del Asteroide, 2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Herederos de Felipe Fernández Armesto (Augusto Assía)

© del prólogo, Ignacio Peyró, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: *Aircraft spotter on the roof of a building in London*. National Archives and Records Administration / Wikipedia

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-19-1

Depósito legal: B. 907-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de cubierta: Jordi Duró

Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

PRÓLOGO DE IGNACIO PEYRÓ	XI
CUANDO YUNQUE, YUNQUE	
NOTA DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICIÓN	3
PARTE I. LA GUERRA BOBA	5
Londres, a oscuras	7
Sesión secreta	9
<i>Graf Spee</i>	11
Primera Navidad en guerra	13
Afán polémico	15
Al terminar el año 1939	18
Las inglesas y los pantalones	21
El precio de la muerte	24
El guardarropa de un <i>gentleman</i>	28
Mayfair	33
PARTE II. LA AVALANCHA	39
El regreso de Dunquerque	41
Italia, en la hornacina	44
El infierno se vuelca	46
Casco y bombín	49
Noche de luna	52
El problema de los transportes	54
Tormenta sobre Coventry	56
Gog y Magog, decapitados	58

PARTE III. LAMIÉNDOSE LAS HERIDAS	61
Londres, 1941	63
Lord, sir, mister	68
«Trabajo por el descanso»	74
Mujeres de uniforme	77
Apertura del Parlamento	81
Noviembre en Londres	84
Movilización total	88
Tras Singapur, China	92
Ingleses, galeses y escoceses	95
Tres meses	99
Oxford, bajo Marte	102
Sir Stafford, en la India	105
PARTE IV. SE VUELVEN LAS TORNAS	113
Mil aviones sobre Colonia	115
Marte y la letra de imprenta	118
Veinte mil libras para Churchill	126
Virtudes bélicas	130
Los ingleses, vistos por los americanos	134
Comienza el bombardeo contra Alemania	138
El «coronel Blimp»	142
La agricultura	145
Los primeros ministros de los dominios	149
Un soldado yanqui en la corte del rey Jorge	153
PARTE V. EL PRINCIPIO DEL FIN	161
Plan Beveridge	163
¿Estímulo a la vagancia?	167
Cliveden	171
«En el Club más distinguido del Imperio»	176
Con 1942 a la espalda	179
¿Un país de bachilleres?	182
Ante una huelga o la fuerza de la ley	189
La elaboración de las leyes	194
Peligro submarino	202
Sin Cámara de los Comunes	205
El <i>speaker</i> ha muerto, viva el <i>speaker</i>	210
Los aliados de hoy, competidores de mañana	214

El tótem inglés: <i>home</i>	218
«Fénix»	222
La fabulosa Constitución	229
Mussolini, despedido	233

CUANDO MARTILLO, MARTILLO

PARTE I. DE UNA A LA OTRA ORILLA	239
La educación de un inglés	241
<i>Leitmotiv</i> del Imperio	245
El salto sobre Italia	249
Al borde del hambre en 1941	252
Aristocracia	256
Prerrogativas de los municipios	259
La libertad de crítica	263
Churchill a los 69 años	268
¿Será Inglaterra más pobre?	272
PARTE II. LA PAZ EN LA GUERRA	279
Italia, cogida de flanco	281
130 días solo, en medio del océano y a la deriva	285
Los mansos indomables	292
Médico y medicinas gratis	296
Tras tres años, la Luftwaffe vuelve a Londres	301
La princesa Isabel, heredera del cetro imperial, cumple dieciocho años	306
La formación del médico y del maestro	311
PARTE III. EL ASALTO	315
Otra vez en Europa	317
La cabeza de puente, consolidada	321
Lord Lovat	327
Contraataques alemanes	331
El arma secreta o el parto de los montes	337
Toreando los robots	341
¿Tienen límites las aspiraciones rusas?	345
Bernard Shaw a los 88 años	349

PARTE IV. ABRIÉNDOSE CAMINO	355
Hitler, herido	357
Francia, de par en par	360
Los pobres, en los colegios de los ricos	364
Los viajes de Churchill	368
Dilema de Von Kluge	372
Las islas del Canal	375
«Objetivo: el ejército alemán»	378
¡París!	381
PARTE V. VICTORIA A LA VISTA	387
Como en junio de 1940; pero a la inversa	389
Hacia el desenlace	394
Huelga de mineros	397
Inquietudes sobre los laureles	402
Enigmas resueltos	406
¿Seguridad social o iniciativa individual?	411
Plan Beveridge para la supresión del paro	416
Fin de una breve vida	420
Decepción de fin de año o coces contra el aguijón	423
Churchill, en Grecia	427
PARTE VI. BIEN ESTÁ LO QUE BIEN TERMINA	431
Las gabelas de John Bull	433
Von Rundstedt contraataca y fracasa	440
El salario de un inglés	444
Resurrección de Westminster	448
<i>Home sweet home</i>	452
Los hijos y la vida moderna	456
El humor inglés	460
Sombras sobre la perspectiva de la victoria	463
Europa; ¿armónica o muda?	469
La victoria, desde un rascacielos	472

Prólogo

Augusto Assía. Una vida española del siglo xx

El periodismo puede hacer o deshacer a un escritor, pero es indudable que la literatura española siempre ha entrado y salido de los periódicos con naturalidad perfecta. Quizá por eso sea un acto de estricta justicia que el mejor periodismo español del siglo xx —de Camba a Gaziol y de Xammar a Chaves Nogales— haya ido pasando en estos últimos años de las hemerotecas a los libros. Rescate tras rescate, es algo que estamos viviendo todavía. Más allá del valor historiográfico de un legado hasta ahora disperso, la recuperación de tantas obras y de tantos nombres nos ha servido, de modo eminente, para repensar las galerías que unen el periodismo y la literatura. Nos ha ayudado a subrayar la inteligencia sobre la realidad que puede abarcar un género tan mixto y fecundo como es la crónica. Nos ha puesto ante los ojos la dosificación inmejorable de atractivo literario y peso moral que llega a alcanzar la palabra del cronista. Y nos ha hecho ampliar la imagen que de sí mismas tenían las letras españolas en el siglo xx para así perfeccionar su canon. Si este salvamento editorial era ya una empresa de mérito, los lectores tampoco han dejado de celebrar su oportunidad, agradecidos de encontrar —en aquella España con frecuencia endogámica y sufriente— el testimonio del temperamento abierto, el alcance

europeo y el temple de civilización de nuestros grandes cronistas. Literatura o periodismo, queda claro que su lucidez no estaba destinada a prescribir con el diario de la mañana.

Quién sabe si, todavía hoy, la exclusión de Augusto Assía* (1904-2002) del elenco de magníficos de nuestro periodismo no será el pago póstumo a una carrera fértil y feliz como pocas. Sin duda, ese apartamiento tiene algo de purgatorio, a la espera de la mano de nieve que devuelva a los lectores una prosa perpetuamente legible y grata, inmune a los años, de soltura infalible y totalmente seductora. No es la única generosidad de su escritura: página tras página y país tras país, con el Assía corresponsal y viajero recorreremos también el itinerario vital de un *curieux de profession* que vio y narró un siglo en su fuego y sus cenizas en todo lo que va de la Alemania nazi a los primeros barruntos del proyecto europeo o el optimismo moral de la América de los *fifties*. Ni siquiera iba a ahorrarse Assía los claroscuros y misterios que tanto seducen en una edad mitómana. En su caso, son más que suficientes para una ubicación controvertida entre quienes ponderan su pasado de fiereza comunista, su colaboración con el Gobierno de Burgos o su posible espionaje aliadófilo. Como periodista, él supo bien que a los suyos se les conoce por informados tanto como por discretos.

Restaurado su perfil de cronista con este volumen, queda aún por hacer la *quest* de Augusto Assía. Ni faltan materiales ni debieran faltar voluntarios. De la vida a los libros, lo importante —en todo caso— será el carácter «independiente y liberal» que otorgó a Assía su palco de privilegio en la hora de tragedia y de gloria del continente. El escritor que aún acertó a vivir el último cosmopolitismo de la gran Europa iba a dar fe de la ventolera de la historia y a metabolizarla como un poso ético y una cierta

* Siempre dado a usar un *nom de plume*, Felipe Fernández Armesto —así fue bautizado— utilizaría este seudónimo de resonancias viajeras y tolstoyanas para sus crónicas en *La Vanguardia*.

sabiduría en lo político. Por eso, si hemos de buscar una vida española del siglo XX, tal vez no debamos buscar mucho más allá de Augusto Assía, quien tuvo además la largueza de contarlo con esa facilidad propia del periodismo en su aleación más pura.

Al término de sus casi cien años, Augusto Assía podía mirar por el retrovisor y recordar riñas con Goebbels, complicidades con Churchill, visitas al Saint Simeon de Randolph Hearst, clases de Einstein o de Sartre, polémicas con Baroja y Valle-Inclán y tratos con espías soviéticos como Philby o agentes dobles como Garbo. Es una constatación del extraordinario carácter mercurial de un hombre capaz de gozar, al mismo tiempo, de la amistad de exiliados tan dispares como una reina de España y un presidente de la República española. ¿Qué otro personaje tuvo oportunidad, sin salir de Londres, de compartir mesa con Franco y ejercer de anfitrión de Indalecio Prieto? Ciertamente, no a todo el mundo le fue dado conocer a Picasso y a Miró en la misma mañana parisina, reconciliar a Pla y a Xammar o encontrarse por primera vez a Julio Camba nada menos que en los tejados de la catedral de Santiago. Sí, Assía cumplió siempre con aquel primer mandamiento del periodismo que exige siempre estar donde hay que estar, del 23F en el Congreso al acercamiento hispano-yanqui o —más prosaicamente— el día aquel que sorprendió a Truman bajándose los calzoncillos. Ese bendito oportunismo iba a convertirlo en príncipe de los corresponsales españoles de todo tiempo.

Tiene quizá algo de ironía que, para abrazar esos grandes destinos, Assía debiera rechazar otros no menores. Cuando, allá por los años veinte, empieza a destacarse en las letras de su tierra, nada menos que Rafael Dieste saluda su primera novela, *Xelo, o salvaxe*, con una de esas frases que sellan una vocación: «Por primera vez nos hallamos ante un verdadero escritor gallego». Por entonces, Assía era el muchacho criado

en la solidez de una buena familia de la Galicia interior que llega a Santiago, se crea un nombre en los periódicos y va haciendo suyo el estimable paisaje literario de una Universidad en sus tiempos más selectos. Portela Valladares le ofrece —tan joven todavía— la dirección del progresista *El pueblo gallego*. Assía rehúsa, efectivamente, como el cambio de un destino. El vínculo universitario y periodístico seguiría ya lejos de casa: en París, primero, y en Berlín, después, en uno de esos lectorados de Románicas que tanto hicieron en el siglo XX por la literatura española y la manutención de sus creadores. En su ruta jacobea a la inversa, Assía iba a aprovechar para escribir y enviar sus colaboraciones, aquí y allá, a los medios españoles. La siembra trajo fruto cuando, por una sustitución y mil azares, le cae la correspondencia berlinesa de *La Vanguardia* con la bendición de Gaziel. Era 1929, y Assía permanecería unido al diario hasta 1986. Todavía impone algo de vértigo pensar en su estreno: contar el fenomenal ocaso de la República de Weimar, el «salto a la oscuridad» de la Alemania nazi.

Cuando Josep Pla, buen amigo, lo recuerda en una de sus notas de ancianidad, describe el tono «ligeramente confuso y complicado» de aquel primer Assía. No era, quizá, una confusión que se limitara a la prosa. En la década de los treinta, su propio pensamiento iba a conocer bandazos radicales, de un galleguismo en los postulados del Grupo Nós a la militancia comunista, para en última instancia insertarse en la propaganda del Movimiento. Estas son páginas mal conocidas, tardíamente descubiertas y nunca desveladas por el propio autor, ante todo en lo atinente al compromiso con el PC. Ahí parece que su flirteo comunista fue tan intenso como breve, nacido hacia 1930 e incapaz de sobrevivir al contacto con la realidad soviética que vivió —como una conversión— junto a Pasternak, Gide o Dos Passos en la reunión moscovita del Pen Club en 1932. Hasta entonces, sin embargo, no faltan recuerdos de su trato con Alberti, de su condición de «escritor español proletario».

El pintor trotskista Andrés Colombo nos describe al Assía de la época como un joven de «afilados huesos» que «hablaba de los planes quinquenales rusos con la facilidad y fruición con que cualquiera se traga un helado en pleno verano».

En tiempos de socavamiento de las democracias liberales, no hace falta abundar sobre el punto, tan tratado, de la sugestión que hallaron los intelectuales en el marxismo. Unos llegarían a la complicidad totalitaria; muchos otros lo abrazaron a modo de contraveneno del fascismo. No se sabe qué actitud tomó Assía. Sí se sospecha que su separación del PC fue traumática. Y también consta la certeza de que, desde entonces, el periodista sería más cuidadoso en sus apegos y directamente magistral en el manejo de las distancias. Dicho de otro modo, Assía desarrolló una magnífica capacidad para caer de pie, pero no sin conocer el sabor de la contradicción: baste pensar que, en el mismo 1936, iba a experimentar la censura de la República y también la del franquismo. Unos años antes, en 1933, con el nazismo recién instalado en el poder, Assía ya había tenido la mala idea y el cuajo moral de enfrentarse a Goebbels y convertirse en uno de los *happy few* rechazados por el Reich. Aquel fue el fin de su correspondencia berlinesa y el comienzo de su correspondencia volante por Europa, en todo lo que va de la Sociedad de Naciones al asesinato del canciller Dollfuss. Ya se iban adensando las sombras de los años treinta y su propio país, como un anticipo de la conflagración continental, aceleraba hacia la guerra.

Desde el primer momento, Assía también sabría aprovechar ciertas zonas de ambigüedad en su relación con el franquismo. Por ejemplo, siempre se negó a jurar «fidelidad íntegra y total a los principios nacional-sindicalistas», lo que le dejó, primero, sin carné de prensa, y después, sin la subdirección y la dirección de *La Vanguardia*. Esas no eran las lealtades esperadas en quien había vuelto a España para encargarse de la prensa del Gobierno de Burgos, mano a mano con un Juan Pujol que iba a alterar el curso de la guerra mundial bajo el alias de Garbo.

Entre episodios de cercanía y episodios de desdén, su trato con la dictadura conoció texturas interesantes y complejas. Tuvo tiempo de dirigir un par de medios locales: *La Voz de España*, en San Sebastián, o el elocuente *Arco orensano*, también influyó en Franco de cara al *nein* de la Entrevista de Hendaya. Finalmente, cuando se le reintegra *La Vanguardia* al conde de Godó, Assía vuelve a entrar en plantilla y, en recuerdo de las viejas lealtades, ayuda a exiliarse al expresidente Portela Valladares. Otro de los capítulos de su vida marcados por la incógnita.

Para el primer día de la guerra mundial, Assía ya está en Londres, con el mérito de haber sido el único español en vivir y contar toda la guerra desde allí. Aquellos iban a ser, seguramente, sus mejores años, con la historia ante los ojos como un adiestramiento en la política de calidad. No serían, sin embargo, sus años más fáciles, al menos en sus *rappports* con los jefes del régimen: el alineamiento aliadófilo de sus despachos irritaba al duque de Alba —el embajador— y llevó a Serrano Súñer —el ministro— a amenazar con despojarle de la nacionalidad española. Aun así, fueron tiempos de tés con Churchill, de conocer a un prometedor joven llamado John F. Kennedy, de posar ante el todo Londres como «la persona mejor relacionada», según se dijo, «con la colonia española». De paso, Assía iba a ir sumando glorias a su archivo personal: fue el primer español en aparecer en una televisión, fue el impulsor de la programación en gallego —pionera en Europa— de la BBC, y también fue, desde entonces y por mucho tiempo, el periodista mejor pagado de España.

Cuenta el hijo de Augusto Assía, el gran historiador anglo-español Felipe Fernández Armesto, de cierto *don* oxoniense que se le acercó un día a agradecerle los servicios prestados por su padre a la causa de la libertad. Entre sonriente y lloroso, aquel anciano profesor aludía a la historia que entronca a Assía con el espionaje aliado. Verdadero o falso, no sería el primer periodista que duplica sus funciones. Pensemos, por ejemplo, que poco antes del Desembarco de Normandía, una de las «crónicas

radiotelegráficas» de Assía ya expande el engaño, según la pauta de Garbo, de una supuesta toma de tierra aliada «en Francia y el sur de Bélgica». Por supuesto, del mismo modo que no hay materialidad ninguna para corroborar la implicación de Assía en la esfera del espionaje, tampoco es aceptable pensar que los nazis soslayaran sus despachos. Como sea, el mismo periodista que había apostado por la victoria de Franco en el verano del 36, tampoco tuvo dudas de que la causa aliada se impondría al nazismo. Conocía el acero de los ingleses.

Es tentador pensar que, para Assía, sus años británicos fueron también el mediodía de su carrera periodística. Todavía le quedaban —mano a mano con Sentís— los juicios de Núremberg, una vuelta al mundo a la mitad del siglo, puestos y destinos capaces de coronar cualquier trayectoria. En Nueva York y Washington, a comienzos de los cincuenta, hizo no poco por acercar a España y Estados Unidos. Ahí volvieron a aflorar los rumores de espionaje: atípicamente, además de escribir para *La Vanguardia*, Assía ejerció como *attaché* de prensa de la embajada española. Después fue llamado a la Alemania fundacional de Adenauer y —firme en su convicción europeísta— pudo narrar a placer la firma del Tratado de Roma.

Para entonces, en aquella Europa que tan bien conoció, quedaban pocas de las dulzuras larbaudianas que aún había entrevisto en su juventud. Él iba a seguir publicando, como una voz posibilista e incansable, en *La Vanguardia*, en el *Ya*, en *Destino* y en *La voz de Galicia*. Precisamente se casaría con una de las hijas propietarias del diario gallego, Victoria Fernández-España, una mujer —inteligente, rica, guapa— de excepción. Iba a tener hijos de probada brillantez intelectual. Iba a perpetuar su nombradía con sus «cartas al director» en el diario del conde de Godó. Irreductible como era, también iba a perpetuar sus problemas con el franquismo: su galleguismo templado, su filiación europeísta, sus afanes de descentralización y apertura democrática contaban con sobrada autoridad para molestar.

A finales de los setenta, Assía era el gallego que había cumplido con el deseo tenaz de volver a casa. Con su familia partida por la guerra, no pudo menos que celebrar la Constitución como sutura histórica, el pacto de concordia de la Transición. Tonteoó, solo un poco, con la política activa. Y ya en su edad propecta, de retiro en la Casa Grande de Xanceda, aún daría en gozarse en las complejidades de una vida en la que el periodismo era el oficio más interesante de la tierra y un corresponsal valía lo que valía un diplomático. Ahí todavía le quedó tiempo para fundar una de las mayores vacadas de su tierra. Assía terminó sus días al modo de sus admirados lores dieciochescos, en una pose de *gentleman farmer* que no era sino una espléndida cuadratura de sentido.

A Augusto Assía nunca se le ha negado el protagonismo entre los corresponsales españoles; curiosamente, no se ha subrayado lo suficiente su primacía en el estamento, tan menguado, de nuestros anglófilos. Al respecto tal vez baste con traer a la memoria que nos dejó media docena de libros y que cuatro de ellos tratan sobre esa «magnífica y peculiar isla en acción». Así, a las estampas de costumbres de *Los ingleses en su isla* y a los perfiles de prohombres de *Vidas inglesas*, les seguirían —ya en la posguerra— *Cuando yunque, yunque* y *Cuando martillo, martillo*, los volúmenes que ahora reeditamos. En ambos se extractan sus mejores crónicas de la guerra, cribadas de entre el millón de palabras que envió a *La Vanguardia* desde Londres. Con la divisoria fijada en 1943, el primer libro acompaña aquella *finest hour* británica en que Churchill y su pueblo vieron y sufrieron el órdago alemán. Era la Inglaterra golpeada como un yunque. En el segundo volumen, con las tornas cambiadas, Gran Bretaña —junto al resto de los aliados— se convierte ya en el martillo que percute hasta la victoria final. Desde las escombreras de un hotel o entre la polvareda que sigue a un bombardeo, habrá que

decir que Assía nos va contando en directo, con insistencia diaria, los acontecimientos de una guerra cuyo signo final él y todos desconocen. Por eso redunda en su honor y en su capacidad de profecía que jamás dudara de unas gentes que «no se dejan deprimir por los reveses» ni «se exaltan fácilmente con los éxitos».

«Gallego fascinado con Inglaterra», a Assía no solo le tocó alzar testimonio de un país castigado y resistente, sino erigirse —como se ha dicho— en «traductor de una cultura». En esa labor, no hay ninguna desmesura en equiparar su conocimiento y su pasión inglesa a la altura de los Voltaire, los Taine y los Morand, de los anglófilos históricos que con Assía suman a un raro español entre sus filas. Su pedagogía británica, como él mismo reconoció, no era cosa sencilla: ya Ortega había sentenciado que «no hay hecho más extraño en el planeta que el pueblo inglés», y Assía asume que «es el país más difícil de describir para un escritor». El corresponsal abundará en sus contradicciones: Gran Bretaña tiene la tradición política más sólida pero la menos comprensible; es la nación más liberal y —a la vez— la más ordenada; es la cabeza de un Imperio global que, sin embargo, se dirige desde «la casa humilde, de aspecto pobre», de Downing Street. Ahí, Assía sabrá transmitir a sus lectores el don genuino de lo británico: que el país haya sabido convertir esa contradicción «en eslabón de su unidad, haciéndola comodín para el juego de la convivencia, la transacción y la armonía».

Siempre más sensible a las texturas de la libertad que a las del *tweed*, las simpatías inglesas de Assía reverberan en unos artículos que, escritos «en horas oscuras para la civilización europea», no querían sino verter «sobre los hogares un rayo de esperanza». En verdad, como recuerda Niall Ferguson al hablar del prestigio moral de Inglaterra durante la contienda, quizá nunca como entonces se hizo tan fácil estimar lo inglés, pero Assía no deja de figurar en calidad de adelantado. Así, en sus páginas, el «mundo de confusión y pesadilla» de los bombardeos y el cielo «encandilado de llamas» del *Blitz* van dejando paso

imperceptiblemente a una normalidad heroica, y ya en el año 39, Assía puede constatar que «los londinenses han comenzado a dejar en sus armarios las caretas antigás y han vuelto a sacar las chisteras». Es el cuajo de un país para el que «irse a la guerra es tan propio como traficar, jugar al *cricket* o hacer turismo». En la pluma de Assía, la imagen quedará cifrada en aquel caballero que lucía su casco con forma de bombín. Como una resistencia o un derecho ancestral, el corresponsal admira cómo «ni aun en las más graves y urgentes ocasiones se dejan los ingleses arrebatar el privilegio de sus viejas y pintorescas costumbres». Tampoco bajo los bombazos cerraron los *pubs*.

Quizá por esa mezcla de ardor guerrero y *business as usual*, Assía no se limita a dar el parte diario de la guerra. En sus crónicas, «lo mismo desfila la descripción del acorralamiento del *Graf Spee* en el Mar del Plata, que el regreso de los soldados derrotados en Dunquerque, la presencia de los yanquis en Inglaterra o el origen del Plan Beveridge». Las Mitford, Churchill o una Isabel II todavía muchacha harán cameos en sus libros. Y junto a la toma de París, la pica en Normandía o la rendición de Italia, las páginas sobre Oxford o la India, la anticipación de las medidas de posguerra o el desfile tan bizarro del Lord Mayor buscan dar a entender cómo vivieron la guerra los ingleses: «leyendo el *Times* por las noches, al amor de la lumbre, entre sorbo y sorbo de whisky». De este modo, conforme la guerra avanza, Assía no se limita a indicar el progreso de los ejércitos, sino que va engrosando su mayor mérito: el de escribir el más nutrido compendio de la vida inglesa a ojos de un español. De pronto, en cualquier párrafo, nos vuelve a acometer el temblor de la historia, y se hace imposible no preguntarse cómo fue escuchar, cómo fue transcribir el discurso en el que Churchill afirma que «defenderemos nuestra Isla a cualquier precio, lucharemos en las playas, en los campos, en las calles; no nos rendiremos jamás».

Cuenta John Lukacs en sus memorias que, allá por 1940, la respuesta bélica de Inglaterra fue la defensa de unas libertades

antiguas frente a la ferocidad moderna del totalitarismo. Es una cartografía exacta de la actitud de Assía ante lo inglés. Como ocurre con sus mejores practicantes, la anglofilia del gran corresponsal, por usar las palabras de Valentí Puig «no es una simple cuestión de corbatas (...) Es una admiración institucional, de formas, de consideración por una capacidad de resistencia que el mundo británico ha demostrado cuando ha visto en peligro su libertad». En virtud de esa fe, mientras los Junkers asolaban Coventry, Assía podía afirmar que Inglaterra pierde todas las batallas menos la última. Y si en un momento dado se pregunta cuántas derrotas no ha sufrido, al instante vuelve a preguntarse cuántas guerras —ninguna— perdió.

En nuestro tiempo de «declinólogos» de lo inglés, se hace complicado no detectar en las páginas de Assía un aire ya elegíaco. Como él mismo señaló, aquella Inglaterra —su Inglaterra— era aún un país que tomaba la fibra moral de sus tradiciones, la nación inmemorial donde «las reformas se superponen a las instituciones», como dijo Taine, «y el presente, apoyado sobre el pasado, lo continúa». De los impuestos de sucesión a la contracultura, las viejas formas de la vida inglesa iban a quedar, ya en la posguerra, como un *piccolo mondo antico*. El propio Assía tiene tiempo, doblado el año de 1945, para lamentarse de la pérdida «del hábito de vestirse de *smoking* para cenar».

Durante su corresponsalía de guerra, sin embargo, Gran Bretaña es todavía un Estado «con la mitad de policías y el doble de carteros» que cualquier otro Estado. Los usos de su Administración se resumen en la frase «su humilde servidor». Sus sastres y zapateros atienden no más que a los amigos. Las polémicas parlamentarias persisten, siempre civilizadas pero siempre enconadas. Y su prensa, libérrima, sigue «puesta a disposición de los caprichos o las humoradas de cualquier colaborador». El respeto al enemigo entraba dentro del archivo de lo inglés, quizá porque el *gentleman* «no odia nunca». Al general Rommel, señala Assía, nunca se le ha alabado más que en el *Times*.

En cierta ocasión, el periodista gallego pudo leer un cartel oficial: «Con tu coraje, con tu decisión, con tu cortesía, ganaremos la guerra». Assía reflexiona: cualquier país hubiese pedido valentía y determinación a los suyos; solo Inglaterra podía pedir, además, el mantenimiento de las formas. Era el signo de una civilización donde —al contrario de los regímenes totalitarios— «la libertad, el humor y el respeto por la ley prevalecen sobre la búsqueda radical de la perfección humana». Ahí están las gracias de Inglaterra. Al terminar la contienda, Assía medita que Hitler no ha hecho sino repetir «la historia de Luis XIV, de Napoleón, del Káiser», de todos los enemigos de la Isla. Como ellos, el nazismo tampoco iba a poder nada «contra el poder de la libertad» que, en su mejor hora, encarnó Inglaterra para el mundo. Es la épica que Assía narró día a día en su momento y que se condensa en estos libros como una lección moral. A tanto llegan unas páginas que se escribieron como periodismo y hoy solo podemos entender como literatura.

IGNACIO PEYRÓ

Cuando yunque, yunque

Nota del autor a la primera edición

La base de este libro está formada por artículos aparecidos en *La Vanguardia*, de Barcelona, durante la primera fase de la guerra. Abarca desde la impresión que recibí al llegar a Londres, pocas semanas después de comenzada la conflagración, tras una ausencia de tres años impuesta por la guerra civil española, hasta la victoriosa campaña de África.

Si la reagrupación de artículos periodísticos en forma de libro exige una explicación, pídasela usted a los editores de este. Solo respondiendo a sus reiterados requerimientos, he accedido a que fuera publicado.

No creo, sin embargo, que la cosa requiera disculpa alguna por mi parte. Al contrario, me parece que poder reproducir hoy, sin quitarles ni añadirles una coma, artículos escritos sobre el correr de la guerra, a lo largo de los años cuarenta, cuarenta y uno y cuarenta y dos, puede ser todo menos motivo para reproches.

Me parece, igualmente, que el hecho de haber sido el único periodista español que ha informado sobre el conflicto desde Inglaterra quizá dé a este libro un carácter documental que, andando el tiempo, pueda tener interés para la historia del periodismo en nuestra patria, sin contar que tal vez los lectores se alegren de poder tener ahora, recopilados en un tomo, algunos

de los artículos que, en horas oscuras para la civilización europea, vertían sobre los hogares un rayo de esperanza.

Mi optimismo innato, al lado de mi fe en la fuerza de la libertad, así como mi conocimiento del carácter inglés, contribuyeron a que ni por un solo momento dudara del triunfo de Inglaterra. Esto, a su vez, imprimió a mi labor un tono a «contrapelo» que, si me produjo inquietudes, llevó la tranquilidad a no pocos ánimos. Quizá este recuerdo sea el mejor justificante del libro, los editores creen que tiene también la virtud de ofrecer un cuadro sinóptico de la vida en Inglaterra bajo la obscuridad que lanzó sobre la Isla la catástrofe del ejército francés. El juicio, a este respecto, lo dejo en manos de usted.

Quiero avisarle, sin embargo, de que los artículos reproducidos en el libro no son sino una parte esquemática de la pléyade que la radio y el cable volcaron noche tras noche sobre *La Vanguardia*. Seleccionar este tomo, entre más de un millón de palabras, ha sido tarea ímproba. Una parte del material original se ha extraviado y otra ha perdido toda relación con la actualidad. El criterio seguido en la selección es el de alternar los temas de la guerra con los civiles, la resistencia con la lucha, la vida y la muerte. A través de ellos, lo mismo desfila la descripción del acodamiento del *Graf Spee* en el Mar del Plata que el regreso de los soldados derrotados en Dunquerque, la presencia de los yanquis en Inglaterra que el origen del Plan Beveridge.

A pesar del sistema esquemático introducido en la selección, ha sido imposible condensar en un solo volumen todo el material. Mientras este tomo se ocupa de la primera fase de la guerra, o lo que pudiera llamarse la «guerra defensiva», el segundo, de próxima publicación, se ocupará de la segunda fase o la «guerra ofensiva», y se titulará: *Cuando martillo, martillo*.

PARTE I
LA GUERRA BOBA

Londres, a oscuras

3-12-1939

Tras pasar por vigésima vez el Canal, esta tarde he caído en un Londres de tal modo disimulado y parapetado contra los ataques aéreos que apenas si le puedo reconocer. Toda mi erudición, como la del personaje dickensiano Sam Weller, peculiar y extensa, la encuentro enterrada entre sacos de arena, escamoteada bajo el camuflaje o huida hacia no se sabe qué paraderos. Tengo la sensación de estar en una ciudad desconocida.

Del Eros de Piccadilly, lo mismo que de la estatua de San Jorge, no queda más que el sitio. Ambas han desaparecido bajo una pirámide protectora.

A los oscuros tejados de las grandes fábricas, de los hospitales y las estaciones, les han surgido inesperados colores.

La taberna de Simpson, en la Colina de los Cereales, donde se refugia la tradición culinaria inglesa desde hace siglos, se halla resguardada por un imponente parapeto.

Envuelta en obscuridad y niebla, la ciudad semeja el fondo de un inmenso océano, y los londinenses, buceando por las calles con sus lámparas eléctricas, parecen peces fosforescentes.

En medio de este mundo de confusión y pesadilla sigue latiendo sin cesar la circulación y la vida de la gran metrópoli. En la riada del tráfico han aumentado los camiones y disminuido

los coches de lujo. Suben y bajan por el Támesis los barcos que cosen el Imperio. Entran y salen los trenes en las veintiocho estaciones. Se elevan y descienden los aviones en los cinco aeródromos.

Si la guerra exige que Londres permanezca en las sombras y camuflada, exige también que siga trabajando, funcionando y viviendo.

En cuanto a vivir, el hotel donde me hospedo ofrece en grandes rótulos luminosos cena a cinco chelines, con baile. «Etiqueta obligatoria», agrega.

Pasado el primer momento de pánico, los londinenses han comenzado a dejar en sus armarios las caretas antigás y han vuelto a sacar las chisteras.

Las tiendas están llenas de objetos de lujo.

Los cines han reabierto.

Un cartel pegado profusamente les dice a los ingleses, desde las paredes: «Con tu coraje, con tu decisión, con tu cortesía, ganaremos la guerra».

La decisión y el coraje son condiciones que todo pueblo consideraría necesarias en un trance como este; pero en la invocación de la cortesía se revela precisamente el matiz británico.

Por lo demás, los aspectos de la guerra o, mejor dicho, de las guerras, que atraen hoy preferentemente la atención de los londinenses, son la denodada resistencia del David finlandés contra el Goliat bolchevique y la visita del rey Jorge a sus soldados en Francia.

Ambos acontecimientos comparten la primera página de los periódicos nocturnos, con la inesperada aparición de las princesitas Isabel y Margarita Rosa en una tienda de «Todo a seis peniques», para comprar juguetes.

Tras esta combinación periodística he reconocido la Inglaterra que yo dejé hace tres años y que el camuflaje y la obscuridad me habían escamoteado. Las cosas no cambian tan fácilmente en esta Isla, a la que Shakespeare llamó «roca».

Sesión secreta

12-12-1939

Ni aun en las más graves y urgentes ocasiones se dejan los ingleses arrebatarse el privilegio de sus viejas y pintorescas costumbres, sus hábitos tradicionales y su delectación por todo lo ornamental.

La sesión secreta que para discutir la posición militar, naval y aérea de Inglaterra tendrá efecto esta tarde en los Comunes irá precedida por una serie de ceremonias y ritos cuya antigüedad se eleva a centurias. Cuando la Cámara entre en el orden del día y comiencen las preguntas, el premier inglés, antes de responder, se dirigirá al *speaker*, y, usando un giro histórico, dirá que desconfía de los extraños, señalando las galerías públicas. Después, él mismo presentará la moción pidiendo sesión secreta, y automáticamente quedarán desalojadas las tribunas públicas, de prensa y diplomática.

Siendo príncipe de Gales Eduardo VII, tuvo en cierta ocasión que abandonar las tribunas de los Pares al comenzar una sesión secreta. Como consecuencia, fue introducida una modificación concediendo a los miembros de la Cámara de los Lores el derecho a presenciar las sesiones secretas de los Comunes.

Excepto los Pares de Su Majestad, todo aquel que no sea diputado habrá de dejar no solo el bello y breve salón de sesiones, sino todas las salas contiguas, mientras las puertas se cierran

con tres cerrojos y los agujeros de las llaves y las rendijas de los entrevanos son cuidadosamente tapados con feltro por diligentes y concienzudos ujieres.

Las sesiones secretas tienen lugar siempre que la Cámara quiere discutir cuestiones cuyo conocimiento general sería contrario al interés público, y apenas si suelen celebrarse más que durante las guerras. Desde 1914 a 1918 los Comunes tuvieron siete sesiones secretas. La última fue en enero de 1918.

Aunque nadie cree que la de hoy pueda revestir gran importancia ni que vayan a ser discutidas cuestiones de envidia que no conozca el público, el Gobierno ha accedido a celebrarla ante los reiterados deseos de la oposición. Probablemente, los dos principales problemas que habrán de abordarse son el del suministro de municiones y víveres, por un lado, y el financiamiento de dichos suministros, por otro.

Dada la libertad con que la prensa está debatiendo tales cuestiones y las numerosas y frecuentes declaraciones que los ministros vienen haciendo sobre ellas, no parece, en realidad, que pueda quedar mucha materia secreta para satisfacer la curiosidad de los señores diputados en la sesión de hoy.

Pero mientras los Comunes, en medio de un ceremonial pomposo, discuten los secretos de la guerra, la rueda de la Fortuna, que las guerras suelen manejar tan violenta y caprichosamente, comienza a dar sus vueltas.

Esta mañana, algunos mercaderes de Mánchester, Liverpool y Londres se han encontrado con varios cientos de miles de libras más en sus cuentas corrientes que ayer por la noche. Se los han suministrado balas de algodón que los mercaderes no han visto todavía; balas de algodón situadas en América, que habían sido compradas al comienzo de la guerra por ingleses, como una especulación. De repente, ayer, el algodón subió a ocho peniques la libra. Quien al comienzo de la guerra compró cien balas de algodón y las ha dejado permanecer en América hasta hoy, ha ganado seiscientas libras.

Graf Spee

15-12-1939

Gente que no se deja deprimir por los reveses, los ingleses tampoco se exaltan fácilmente con los éxitos. La noticia de la persecución, desmantelamiento y acorralamiento del acorazado de bolsillo *Graf Spee*, lo mismo que la de que un submarino británico, aquel que dejó pasar al *Bremen*, ha hundido en el mar del Norte a un submarino alemán, torpedeándolo, no ha sido suficiente para perturbar la plácida aplicación con que John Bull está preparando la Nochebuena.

Las calles y las tiendas están estos días invadidas por una enorme y activa muchedumbre, ansiosa de compensar la reducción del día que ocasiona la obscuridad. Parece que la cantidad de dinero en circulación durante la presente semana prenavideña no ha desmerecido de la de ningún otro año.

Para los londinenses, tan buenas noticias como las del mar son las que se refieren al alumbrado de la tierra. Desde hace dos días se consiente ya una ligera iluminación de los escaparates. A partir del domingo, un número determinado de lámparas pintadas de negro será distribuido por las calles principales. Nuevos indicios de que el Gobierno va confiando, cada vez más, en la idea de que la guerra aérea no es tan peligrosa como se temía, lo cual no puede sino tranquilizar a los ingleses.

Volviendo a la batalla marítima en las costas de Sudamérica, la situación, vista desde Londres, ofrece la estampa del acorazado de bolsillo alemán refugiado en Montevideo y los cruceros ingleses aguardándole a la salida del puerto. Según las últimas noticias oficiales, los cruceros británicos han sido considerablemente reforzados con otras unidades que han acudido entretanto a reunirse con el *Exeter*, el *Ajax* y el *Achilles*.

Respecto a los desperfectos sufridos por el primero, aunque no se tienen datos concretos, se supone que no deben de ser graves cuando no ha necesitado acogerse a puerto. En cuanto al *Graf Spee*, entró en puerto con 30 muertos, 72 heridos, la superestructura averiada y varios impactos en el casco.

¿Cuál va a ser ahora la suerte del acorazado de bolsillo?

Esta es la pregunta que se hace esta noche todo Londres. Una vez que la han descubierto no es fácil que los ingleses dejen su presa. La decisión británica de esperar al *Graf Spee* hasta que salga del puerto es irrevocable, desde luego; pero no se tiene idea muy clara del tiempo que los uruguayos podrán ofrecerle asilo. El almirantazgo ha reclamado ya que se le obligue a salir dentro de las veinticuatro horas. Según el Derecho Internacional, el Gobierno uruguayo puede concederle, sin embargo, un plazo prudencial para efectuar las reparaciones urgentes. Lo más fácil es que se lo conceda.

El *Graf Spee* es uno de los tres acorazados de bolsillo alemanes que habían sido concluidos en 1936. Sus cañones son de once pulgadas, frente al calibre de 8 y 6 pulgadas de los cruceros ingleses.

Primera Navidad en guerra

25-12-1939

Aunque este año los soldados no han tirado las armas para fraternizar, como ocurrió en 1914, cuando alemanes, franceses e ingleses se reunieron a cantar villancicos y repartirse los manjares respectivos, una tregua tácita ha tenido lugar durante las últimas cuarenta y ocho horas.

Excepto la persistencia de las patrullas aéreas británicas sobre Heligoland y las demás bases aeronavales del norte de Alemania, no registran los partes actividad bélica alguna. Sin embargo, la vigilancia antiaérea en la Isla no ha sido aminorada un momento.

Por el contrario, la circulación de rumores atribuyendo a Hitler el propósito de aprovechar la probable relajación del estado de alerta durante la celebración de las fiestas para intentar un golpe aéreo ha puesto en tensión todos los resortes de la defensa.

Así, mientras cuarenta millones de ingleses celebran esta noche la Navidad en sus hogares, medio millón se mantiene ojo avizor y oreja alerta, dispuesto a interceptar cualquier intento contra la Isla.

Entre ese medio millón figuran muchos miles de mujeres. Son las voluntarias que se presentaron desde el primer día para los servicios auxiliares de la defensa pasiva: aristócratas, obreras, estudiantas y profesionales, que atienden teléfonos, portan ca-

millas, etcétera. Acabo de recorrer algunas estaciones de la defensa contra bombardeos y he podido verlas con sus «monos», atareadas, dispuestas a pasar la noche en vela, mientras sus amigas están vistiéndose los trajes de *soirée* para los grandes bailes de etiqueta con que Londres ahoga las penas de la guerra.

Entretanto, la ciudad es hoy, y continuará siéndolo mañana, un desierto. Las calles solitarias infunden casi pavor. Un silencio enorme se remonta sobre tal soledad y solo a través de algunas ventanas suena el eco de la radio.

Por la radio, precisamente, ha pronunciado el rey su mensaje al Imperio. Su Majestad fue presentado por el mismo pastor escocés que presentó a su padre con motivo del último mensaje de Jorge V.

Antes se habían intercambiado saludos a través de la radio con todas las partes del Imperio.

La costumbre de dirigirse a sus súbditos el día de Navidad fue introducida por Jorge V, y aunque el rey actual declaró que no pensaba continuarla, porque estaba demasiado personalmente ligada con su padre, las actuales circunstancias le han aconsejado la conveniencia de hacerlo este año.

Jorge VI ha enviado asimismo una postal de Navidad a cada uno de los miembros de las fuerzas de tierra, mar y aire, cualquiera que sea su rango.

Los únicos militares de la Isla que no recibirán la postal de Su Majestad británica son los prisioneros alemanes; pero estos han recibido, en cambio, tantos regalos de ingleses anónimos y sentimentales que no serán de los que pasen peor las fiestas. En todos los campos de prisioneros se han instalado árboles de Noel y un menú especial, a la alemana, les ha sido confeccionado.

Respecto a los regalos, tantos recibieron, que un general inglés se consideró obligado a decir por la radio que era excesivo y recomendaba a los donantes que pensarán un poco menos en los prisioneros y un poco más en las viudas y los huérfanos de las víctimas que está produciendo la guerra submarina.

Afán polémico

29-12-1939

Media Inglaterra es favorable al racionamiento y la otra media, contraria. En consecuencia, unos periódicos elogian hoy el propósito de racionar la carne, atribuido al Ministerio de Aprovisionamiento, y otros lo atacan.

Igualmente, la mitad de Inglaterra aprueba con gran calor la tendencia del Gobierno a seguir evacuando las grandes ciudades, mientras la restante la desaprueba con no menos calor.

No pueden ustedes imaginarse siquiera hasta qué punto la guerra, en vez de amortiguarla, ha avivado la tradicional tendencia a la argumentación entre los ingleses.

El «derecho a disentir», que cada inglés suele considerar como un privilegio que nadie puede arrebatarse, parece haberse convertido con la guerra en un deber. Todo el mundo habla y escribe, publica libros, envía cartas a los periódicos enjuiciando con encendidos elogios o con encendidas censuras la actitud del Gobierno, la marcha de la guerra y los más diversos aspectos de la vida pública.

Los mismos periódicos no ahorran los adjetivos contra el Gobierno. El *Daily Express* dice todos los días que el actual Gabinete no tiene la energía necesaria para conducir la guerra a la victoria. Sus ataques contra los distintos ministros son sistemá-

ticos y violentos. «Poned al ministro de Aprovisionamiento en la calle y a los obreros parados en las factorías y la cosa comenzará a marchar», exclamaba el otro día con su dramático estilo.

No solo Wells y Bernard Shaw, cuyas extravagancias divierten a John Bull más que el circo, sino otros muchos ciudadanos corrientes y molientes, elevan sus voces contra la guerra públicamente. Ahora mismo, el Deán de Inge (la dignidad de Deán tiene en Inglaterra una ilustre tradición intelectual, siendo frecuente que escriban con gallardía y gracia sobre los varios problemas de la vida) ha publicado un libro que rezuma simpatía por Hitler y condena la guerra, argumentando que el único que cosechará beneficios con la misma será el comunismo.

Hace unos días dos lores pidieron en la Alta Cámara que se inicien negociaciones de paz con Hitler cuanto antes. Bien es verdad que fueron reprendidos por el resto de la Cámara. Pero lo dijeron y los periódicos reprodujeron sus discursos.

Sin embargo, nada más feo que pretender sacar de semejantes escarceos literarios u oratorios la consecuencia de que en un momento cualquiera la acción enemiga pueda sorprender a Inglaterra desunida.

Entre las características de la extraña raza que habita estas islas, una de las más peculiares es la diferenciación que hacen entre la vida intelectual y la real, entre la moral y la acción. Ello les facilita la tarea de pensar de un modo y hablar de otro. Yo mismo conozco aquí gentes contrarias a la guerra que no se esconden para decirlo, pero que cumplen a rajatabla todas las disposiciones del Gobierno, aun aquellas de las que más disienten, y en su profesión o su actividad laboran con todo su entusiasmo para que Inglaterra gane la guerra.

Una anécdota ilustrará a ustedes sobre lo que dejo dicho mejor que cuanto ya pueda añadir. Hace un par de semanas el órgano de las cooperativas, *Reynold's News*, y el *Daily Express* se lanzaron en una polémica violentísima acerca del racionamiento; precisamente *Reynold's News* es el órgano de las cooperativas y

el *Daily Express* es el principal periódico de lord Beaverbrook. Cuando la polémica llegaba a su punto culminante, *Reynold's News* se quejó de que sus reservas en papel estaban a punto de agotarse. «Ustedes y yo somos contrarios —se adelantó a decir enseguida lord Beaverbrook—, pero a Inglaterra le interesa tanto que siga apareciendo el periódico de ustedes como el mío; en consecuencia, les ofrezco de mis almacenes, que están bien provistos, todo el papel que necesiten hasta junio, al precio de antes de la guerra.»

Volviendo a la cuestión del racionamiento de la carne, aunque sea impuesto no entrará en vigor hasta febrero. Su principal objeto consiste, según dicen, en evitar las especulaciones. Hasta ahora, fuera de la bencina, ninguno de los racionamientos ha sido puesto realmente en práctica. Teóricamente están racionados el azúcar, la mantequilla y el jamón. Pero se puede comprar a su precio oficial azúcar, jamón y mantequilla, cuanto se quiera, con la única variante de que esta última es peor que antes de la guerra.